

811 512

Revista

de

Ciencias Económicas

PUBLICACION DE LA FACULTAD DE CIENCIAS ECONOMICAS
CENTRO DE ESTUDIANTES Y COLEGIO
DE GRADUADOS

La Dirección no se responsabiliza de las afirmaciones, los juicios y las doctrinas que aparezcan en esta Revista, en trabajos suscritos por sus redactores o colaboradores.

DIRECTORES

Dr. Alfredo L. Palacios
Por la Facultad

Ernesto Malaccorto
Por el Centro de Estudiantes

Edmundo G. Gagneux
Por el Centro de Estudiantes

REDACTORES

Dr. Enrique Julio Ferrarazzo
Jacobo Wainer
Por la Facultad

Máximo J. Alemann
Por el Centro de Estudiantes

José Rodríguez Tarditi
Por el Centro de Estudiantes

Año XV

Julio 1927

Serie II N° 72

DIRECCION Y ADMINISTRACION
CALLE CHARCAS, 1835
BUENOS AIRES



El porvenir de la economía argentina ⁽¹⁾

Va a hacer tres años que el digno Decano de esta Facultad, Dr. Mario Sáenz, me propuso, con ocasión de una fugaz visita mía a Buenos Aires, que viniera a estas aulas para explicar un curso de Economía Nacional. La honrosa invitación de vuestro Decano me produjo una vivísima satisfacción. Creo sinceramente que todo intelectual español que, habiendo tenido coyuntura propicia en su vida para hacer oír su voz en América, no la haya aprovechado, habrá cometido un grave error y una dolorosa infidelidad para con su patria y para con su raza. Y tengo una intensa esperanza de que llegue el día en que alguno de vosotros, intelectuales americanos, diga lo propio de aquellos compañeros vuestros que pudiendo ir a España a influir en nuestros medios culturales, deje de hacerlo, acaso por no haber meditado bastante sobre lo que es una comunidad de idioma y de raza, y sobre lo que ha significado en la historia y está llamado a significar en el futuro esa profunda y espiritual civilización que modeló el alma de los pueblos hispánicos de aquende y allende el Atlántico. Era para mí doblemente atractiva la halagadora sugestión de vuestro Decano, porque, además, se me ofrecía un hogar de estudio y la autoridad que presta una cátedra de la Universidad argentina. Los que ejercemos esta noble profesión de la enseñanza, y pasamos la vida sembrando ideas y plasmando en el sensible espíritu de la juventud preocupaciones que muchas veces quedan rigiendo el pensamiento de los hombres de mañana, sabemos lo que significa ceder una cátedra, sabemos la generosa y delicada acción que representa. Gracias, señor Decano y señores profesores de la Facultad de Ciencias Económicas; muchas gracias.

De mi gusto habría venido mucho más pronto a trabajar entre vosotros. Para un profesor español tiene tanto interés explicar en las nuevas Universidades argentinas como en los viejos solares de la cultura peninsular. Se forja la ilu-

(1) Conferencia leída el 6 de julio en el Salón de Grados de la Facultad de Ciencias Económicas, inaugurando el curso de Economía Nacional.

sión de que actúa en un mismo ambiente espiritual y para una misma obra. Yo no sé si esa ilusión tiene algo de quimérica, pero España ha vivido siempre de quimeras, ¿os imagináis sino cómo podría haberse lanzado a descubrir y — lo que es más grande aun — a civilizar América? El sueño de América sigue siendo la epifanía del corazón español, como lo fué hace cuatro siglos. ¿No visteis recientemente la hazaña de Franco? Aquello fué un sueño de todo el pueblo español. Cuando un español piensa algo grande, piensa en América. América es para España el ansia de sobrevivir a la Historia, el afán de no morir, el anhelo de retoñar en otros mundos nuevos. El profesor español no viene a la Argentina sólo con su ciencia, sino también con su cordialidad. Viene a laborar por el porvenir de una gran cultura hispánica. Así lo entiende al menos.

Por mi conducto, el más modesto por cierto, os saluda, señores profesores y alumnos, la Universidad hermana de Madrid. Ella tuvo el agrado de acoger hace no mucho tiempo, con el afecto y el respeto merecidos, a vuestro ilustre Decano, y en ella quedó grabado de modo imperecedero el recuerdo de sus notables disertaciones. El Dr. Mario Sáenz es buen testigo de que en la Universidad española consideramos como nuestros a los maestros argentinos. El mayor honor que a mí y a mis compañeros españoles podríais hacernos sería también considerarnos compañeros vuestros.

Vengo a explicar un curso de Economía Nacional. No he sido yo quien ha escogido la orientación. Me la sugirió vuestro Decano en repetidas conversaciones. No se buscaba un curso de alta especulación abstracta sino un estudio sistemático de realidades económicas, y, por consiguiente, con el punto de vista de la economía argentina. Yo aplaudo el criterio que ha tenido una iniciativa tan feliz, salvo en lo de buscarme a mí para realizar tan importante obra. Soy de los economistas que no se sienten realmente economistas más que cuando pisan la santa tierra, y que no confunden la preparación del pensamiento y del instrumental para la investigación científica con la tarea inexcusablemente realista de plantear y sistematizar los verdaderos problemas de la vida económica. Cuando se ambiciona saber demasiado y el pensamiento se remonta sobre el mundo inquietante de las representaciones, se corre el peligro de no saber nada; como el aeronauta que con la pretensión de dominar más tierra fuera ascendiendo incesantemente por el espacio, acabaría por no ver nada. Al refrán cauteloso que teme que los árboles no dejen ver el bosque hay que oponer el temor, no menos fundado, de que el contorno geométrico del bosque suprima los árboles. La Economía, señores, es una ciencia realista y aun cuando como tal ciencia necesita llegar a suficiente altura reflexiva para percibir los rasgos generales del bosque, es esencial que no pierda de vista los árboles. Y los árboles son, para un economista,

los fenómenos concretos de la vida de una determinada organización económica.

Todos sabéis de sobra que los fenómenos económicos no se dan, como suponían los economistas clásicos (influídos por la filosofía política de su tiempo), en una serie de relaciones privadas, y que la economía no puede ser un fin en sí sino un medio de realización de fines colectivos más elevados. Todos sabéis que los fenómenos económicos viven articulados como los demás fenómenos del complejo social (como los jurídicos, como los políticos), en organizaciones colectivas, y gobernados por instituciones nacionales que son las que los ordenan y los coordinan en un sentido general, en un rumbo fundamental que los ideales de los pueblos van trazando; y que, aun cuando a la iniciativa y a la realización privada se las deje en relativa libertad para producirlos y, hasta cierto punto, para organizarlos, es siempre a condición de que vayan ordenados y encaminados al servicio de los fines superiores creados por la voluntad colectiva de los pueblos. Ni siquiera los hechos económicos internacionales, que aparentemente caen fuera de la jurisdicción tutelar de los estados, pueden ser comprendidos si se los aísla de los complejos orgánicos nacionales de cuya trama dependen y a cuya orientación general se hallan subordinados. Si estudiáis los problemas comerciales internacionales, observaréis que, en último extremo, las empresas privadas no hacen sino aprovechar ciertas oportunidades de relativa libertad que les ofrecen los Estados (con toda una serie, naturalmente, de reglamentos y de restricciones aduaneras), y en unas condiciones de producción, crédito y consumo impuestos por las organizaciones nacionales en que actúan o por los Estados correspondientes. Es decir, que, en las economías modernas, no hay fenómeno que escape a la articulación nacional, y si se quiere comprenderlo en su sentido orgánico, en su génesis, en su función y en su valor, dentro del sistema de relaciones sociales en que se halla modelado, es imprescindible estudiarlo como fragmento o pieza de un mecanismo nacional. Por consiguiente, al encargarme de explicar un curso de Economía Nacional en la Universidad Argentina, no respondería lealmente a la honrosa misión que me ha sido confiada si, para formular mi sistema de observaciones, no procurase situarme en el centro problemático de la economía nacional argentina.

Pero hasta qué punto existe una economía nacional argentina, propiamente argentina, reflexiva e independientemente argentina? Ya que me habéis concedido un innmerecido crédito de autoridad al traerme a esta tribuna, espero que me ampliéis ese crédito hasta permitirme ser sincero. Yo no puedo hacer desde este puesto sino servir fiel e intransigentemente a la verdad. Un profesor en una cátedra universitaria no debe preocuparse de otra cosa que de expresar con la mayor claridad y objetividad su pensamiento, y nunca puede dejarse influir por sus estados de ánimo ni por el temor a las conse-

cuencias prácticas de sus ideas. No hace falta que yo os asegure que cuanto pueda decir ahora y siempre en estas aulas saldrá con la inhibición de todo mi mundo afectivo. Mis simpatías y mis antipatías, mis opiniones y mis tendencias personales quedan respetuosamente depositadas a la puerta de la Universidad. Espero que también vosotros sabéis de sobra lo que es este santuario del saber y de la verdad, y deponéis toda actitud interesada y militante cuando entráis en sus aulas. Hago esta observación, señores, porque es destino trágico del economista el de tener que actuar en aquellos aspectos de la vida social que más suelen mortificar el amor propio o contradecir el interés privado. Confío, pues, en que habéis de daros cuenta de que yo no puedo poner otro cuidado que el de expresar con la mayor diafanidad y precisión lo que pienso.

¿Se puede hablar propiamente—repito—de una economía argentina? ¿Ha sido desarrollada económicamente la Argentina por un sistema de iniciativas nacionales y una organización de recursos también nacionales? En parte sí, no puede caber duda, mas no en la medida necesaria para caracterizar semejante desenvolvimiento como una obra realmente nacional. La Argentina, igual que otros países de codiciada virginidad, ha sido desvuelta por otras economías nacionales, que no son la propia, y en función y para servir a dichas economías. Han sido iniciativas extranjeras — no olvidéis que hablo en términos generales —, con capitales extranjeros y muchas veces mano de obra extranjera, las que han ido utilizando económicamente la Argentina, no para crear en ella una riqueza permanente y progresiva, no para formar en ella el cuerpo robusto, completo y autónomo de una gran nación independiente, sino para explotar del modo más sencillo las oportunidades que estaban más a mano y llevar a sus respectivas economías nacionales los alimentos y materias primeras que necesitaban. La Argentina ha pertenecido, por consiguiente, al territorio económico de ciertas naciones extranjeras — dicho en términos simplificados: del núcleo industrial europeo — y es más fácil estudiar y comprender el desarrollo de la economía argentina desde fuera, es decir, desde los países industriales que en ella encontraron una fuente de primarios recursos, que desde dentro, porque la iniciativa, los medios y la capacidad de aprovisionamiento de la riqueza nacional argentina han nacido y nacen aún de aquéllos.

Vosotros sabéis muy bien lo que supone esa subordinación en la marcha general de vuestros asuntos económicos y financieros y en numerosos problemas concretos, y hay muchos motivos para pensar que si el siglo pasado se ha caracterizado en la historia de esta gran República por la conquista y afianzamiento de la independencia política, el siglo presente ha de caracterizarse por la conquista de otra independencia no menos indispensable para el porvenir de la Nación: la independencia económica. Pero dejemos aparte cierta clase de consideraciones que no tienen ahora ni aquí razón ni lugar apropiados.

De cuanto vamos diciendo se deduce, que un curso de economía nacional situándonos en el punto de vista argentino, ha de comenzar estudiando el ambiente doctrinal e histórico que engendró las corrientes industriales de Europa y permitió el rápido desarrollo de estos pueblos llenos de riquezas naturales sin explotar. Así estudiaremos primeramente, el origen y fundamentos de las ideas económicas liberales que llevaron a la división internacional del trabajo y dieron valor excepcional y fulminante a estos Continentes nuevos; y, al propio tiempo, las circunstancias históricas especialísimas que permitieron y favorecieron la aplicación de dichas doctrinas. Más tarde estudiaremos, asimismo, el origen y fundamentos de las doctrinas nacionalistas, que fueron contradiciendo el rumbo liberal e industrialista y poniendo limitación a la valorización de estos países nuevos; limitaciones que, de momento, no tuvieron repercusión visible por la velocidad del progreso económico de Europa. Posteriormente estudiaremos la exaltación de las ideas nacionalistas durante la guerra, su difusión por países que hasta entonces no se habían esforzado por salir de su condición agrícola, y las circunstancias que fomentaron dicha difusión. Y terminaremos la parte general doctrinal e histórica del curso con el análisis de la actual situación económica de Europa, las causas que la han determinado, los intentos para mejorarla y la influencia de la depresión europea en la economía de estos países, como la Argentina, que se han desenvuelto, según ya hemos dicho, en función de las economías industriales europeas, y de ellas dependen.

En este punto quiero detenerme e invitaros a alguna reflexión, porque en este punto hará crisis el sistema de explicaciones de mi curso y tomará rumbo por otros derroteros. Abandonaré el camino ancho de las vicisitudes económicas europeas que alumbraron e hicieron crecer tutelarmente la economía argentina, para considerar y dar forma a un sistema de problemas económicos argentinos planteados orgánicamente desde un punto de vista nacional. Nosotros no vamos a pretender, naturalmente, resolver esos problemas. No es obligación del hombre de ciencia resolver los problemas sino plantearlos. La resolución de los problemas requiere tener en cuenta y valorar una serie de condiciones prácticas que sólo están al alcance del hombre de acción. Por otra parte, yo, personalmente, carezco del conocimiento suficientemente hondo y preciso de las realidades argentinas para tener la pretensión de formularos en muchos casos soluciones adecuadas. En el estudio que vamos a hacer en nuestro curso, enunciaremos los problemas de toda economía nacional, destacando y meditando más, claro está, los que tengan mayor significación en la economía vuestra — como los de colonización, capitalización, crédito, transporte, fomento industrial, etc. —; y a la vez que enunciemos esos problemas iremos exponiendo las soluciones teóricas posibles y las soluciones prácticas que se les han dado en otras economías nacionales, subrayando como es

de rigor, las particularidades que han podido dar lugar a diferencias de solución.

Pero, ¿por qué vamos a tomar, en la parte especial del curso, ese rumbo nacional? Ya hemos dicho al principio de esta disertación que porque así fué el deseo de la Facultad de Ciencias Económicas. ¿Pero este deseo no tiene una justificación perfectamente lógica en la evolución económica argentina? Yo así lo entiendo. Un país como la Argentina que ha llegado a adquirir una fuerte conciencia nacional, que dispone de un potencial económico formidable y que cuenta con una cultura moderna de verdadera consideración, es natural que pretenda ir formando su economía propia, y de hecho lo viene haciendo, con más o menos vacilación, desde hace algún tiempo. Formar una economía propia no quiere decir formar una economía aislada de las economías extranjeras, sino llegar a dominar los recursos financieros, productivos y de mercado, necesarios para poder regir la economía del país en servicio del interés estrictamente nacional, y asegurar con medios propios, el porvenir de dicha economía.

Es sobre todo el porvenir lo que debe inquietar hoy al estudiante de economía argentina. En la conciencia de todos vosotros está el gran problema, aunque sin atreverse probablemente a presentarse en toda su cruda expresión. Cuando vine hace tres años a Buenos Aires oí hablar mucho de crisis, como se oía en toda Europa. Observé, sin embargo, que era general la suposición de que la crisis sería pasajera. Ahora vuelvo, y sigo oyendo hablar de crisis, y se me figura que no sois pocos los que sospecháis que la crisis va resultando demasiado larga para ser pasajera. Efectivamente, señores, esa temida crisis ya no es tan pasajera. Podríamos seguir haciéndonos tal ilusión si la crisis obedeciera al hecho de no haberse reorganizado aún comercialmente por completo el mundo, después de la gran guerra, o a no haber reajustado bien todavía sus fuerzas productivas, pero por desgracia no son esas las razones. La depresión económica que en la Argentina se siente no es general; comprende solamente a Europa y a los países que, como los de la América del Sur y algunos del Continente africano, venían desarrollándose a merced de los capitales europeos y de los mercados europeos. El fenómeno ha sido comprobado estadísticamente, hace pocos meses, por la Sociedad de las Naciones, en la memoria sobre la producción y el comercio, publicada por el Comité preparatorio de la Conferencia internacional económica celebrada recientemente en Ginebra. Examinaremos en primer lugar, los datos de dicha publicación que expresan el incremento de las exportaciones en nueve países que podrían llamarse económicamente nuevos:

AUMENTO DE EXPORTACIONES EN 1925 SOBRE LAS DE 1913

	<i>Porcentaje de aumento</i>
Malasia Británica	374.1
Canadá	307.6
Japón	288.9
Nueva Zelandia	255.9
China	221.8
Australia	198.7
Estados Unidos	196.8
India	187.1
Argentina	158.7

Estos datos los he reproducido porque os demuestran bien gráficamente que, al cabo de pasada la guerra y cuando ya la situación ha llegado a ser bastante normal, entre nueve países que pueden considerarse económicamente nuevos, y algunos de ellos de producción parecida a la vuestra, la Argentina es la que ha tenido un ritmo de desarrollo más lento en el período más reciente de su vida económica; observación que no se habría hecho, ciertamente, si se hubiera tomado un período algo anterior. Pero no es este hecho el más elocuente dentro del razonamiento que veníamos exponiendo. El más elocuente es el que se deduce del siguiente estado:

VOLUMEN DEL COMERCIO EXTERIOR EN 1925, COMPARADO
CON EL DE 1913, POR GRUPOS CONTINENTALES
(1913=100)

América del Norte	136.7
Asia, sin incluir la Rusia asiática	135.9
Oceanía	132.3
América central	127.9
Africa	99.0
América del Sur	96.7
Europa, sin incluir Rusia	93.7
Europa, incluyendo Rusia	89.3
Comercio total del mundo	104.5

Hemos de hacer la aclaración de que estos datos no están calculados en la misma forma que los anteriormente expuestos. En éstos no se refleja como en aquéllos la elevación de precios, que en el período se calcula de un 50 a un 60 por ciento, por término medio. Hemos de advertir, asimismo, que en el concepto de América del Norte se abarcan los Estados Unidos, Canadá, Terranova, San Pedro y Miquelón; en América Central, los países comprendidos desde Méjico a Panamá, incluyendo las Antillas; y en América del Sur los restantes.

Las enseñanzas de este último estado, son las siguientes: primera, a fines de 1925 había aumentado en un 4.5 por cien

el volumen del comercio exterior total del mundo; segunda, dicho aumento no había sido general, sino que unos países habían visto aumentar considerablemente su comercio exterior, al propio tiempo que en otros había quedado estacionado, y en otros había disminuído; tercera, los países en los cuales se reflejaba una disminución del comercio exterior eran los que formaban el grupo europeo y aquellos de América y África que abastecían de alimentos y primeras materias al grupo europeo. No puedo concretar en qué proporción es afectada especialmente la Argentina por el fenómeno, entre los países de la América del Sur, porque no ha publicado el necesario detalle la Sociedad de Naciones, pero todas cuantas correcciones pueda imponer esa particularización serían pocas para cambiar de fisonomía la significación de dicho fenómeno. La crisis comercial actual del mundo repercute en la Argentina en diversos sentidos, porque la Argentina, como varias otras naciones de América del Sur, dependen, principalmente, en su creación de Empresas, en su importancia de capitales, y en su desarrollo de mercados, de la economía europea, y Europa se halla en franca y prolongada decadencia.

¿A qué se debe la decadencia comercial de Europa? Se ha hablado y se habla mucho de superioridades técnicas, comerciales e industriales de los Estados Unidos, pero nadie las ha demostrado. La técnica norteamericana es todavía, fundamentalmente, y acaso lo sea durante muchos años, hija directa e inconfundible de la ciencia y de la técnica europeas; la organización bancaria norteamericana es reconocidamente inferior a algunas europeas, y los métodos industriales norteamericanos, tanto en su aspecto de mecanización del trabajo como de concentración financiera y especialización productiva son de sobra conocidos y han sido aplicados en la medida posible en Europa. Lo que pasa es que los Estados Unidos, por sus extraordinarias riquezas naturales, por sus facilidades políticas y geográficas para unificar un gran territorio económico, por la falta de variedad de su consumo, que no se adhiere tenazmente a las tradiciones y los gustos como en los viejos pueblos europeos, por los estímulos de prosperidad económica que puede ofrecer a sus obreros, apartándolos de toda resistencia o recelo hacia la eficacia del trabajo, y, por la capacidad financiera que adquirieron a consecuencia de la guerra, se hallan en mejores condiciones que los Estados europeos para aplicar las enseñanzas del progreso material y concurrir ventajosamente en precio con ciertos productos que Europa tiene que desplazar a miles de leguas de sus centros abastecedores de primeras materias y alimentos, y a doble distancia aun, muchas veces, de sus centros productores. No es que se halle en decadencia la vieja cultura europea con respecto a ninguna otra—y esto no es afirmar que se halle en florecimiento—ni que el auge de Norte América sea la causa única, ni la más importante siquiera, de la crisis comercial de Europa; es que el mundo viene evolucionando en sentido des-

favorable para que ningún país ni grupo continental siga convertido en el laboratorio industrial de los demás.

Un movimiento de nacionalismo económico que antes de la guerra venía produciéndose en China, en la India, en Oceanía, —al propio tiempo que en algunos de estos países de América—fué intensificado, durante la guerra, extraordinariamente. Numerosas naciones que en un tiempo habían aceptado su condición económica colonial y vivido en dependencia respecto de Europa, no querían seguir eternamente en semejante subordinación. Por otra parte, Europa no podía ya enviarles los capitales que necesitaban para continuar desenvolviéndose; sólo podía enviarles mercaderías producidas con las materias primas que ellos le vendían. Era preferible, por tanto, que ellos transformasen industrialmente dichas materias. Y así ha ido desenvolviéndose en varias naciones de Continentes extra-europeos una producción industrial, que es la determinante más grave y más alarmante de la depresión comercial de Europa.

El tráfico internacional, señores, se desplaza del Atlántico al Pacífico. Esta no es una previsión, no es una hipótesis, es una realidad incontrovertible. Una parte de los antiguos clientes de Europa se independizan e intensifican el tráfico en los mares más alejados de Europa, donde tienen una posición estratégica ventajosa competidores tan considerables como los Estados Unidos y el Japón. ¿Podrá reaccionar Europa, ante tales contrariedades y reconquistar su supremacía industrial? Podría intentar, en todo caso, reaccionar contra la concurrencia de los Estados Unidos y el Japón, mas no contra la pérdida de los clientes que van creando su propia producción. Pero esa reacción también tropieza con grandes obstáculos. El primero es la pérdida o disminución de su potencia de capitalización, que ha sido siempre un gran instrumento para abrir mercados; el segundo, la carestía de la producción, a consecuencia de las enormes cargas que le ha impuesto la guerra; el tercero, la actitud de sus masas obreras que, en general, ponen sus intereses doctrinales o políticos por encima de los intereses nacionales, y no se sienten realmente preocupados por el destino industrial europeo.

Sin embargo, aun suponiendo que Europa reaccione vigorosamente, no se puede esperar que amplíe sus actividades industriales con la velocidad de otros tiempos. Podrá, a lo sumo, conservar su situación de antes de la guerra y mejorarla lentamente. Y aquí es donde vienen una serie de grandes reflexiones, desde el punto de vista argentino. ¿Se resignará un país como este, lleno de riquezas sin utilizar y que todavía no ha hecho más que comenzar a poblarse, con el modesto porvenir que le depara de Europa? Ciertamente, no. Si Europa no pudiera seguir enviándole capitales, con la afluencia necesaria, ni ampliando, con la apétecible rapidez sus mercados de consumo, la Argentina tendría que buscarlos en otro lado. Esto ya supondría un cambio de rumbo que justificaría la necesidad

de definir previamente una política económica nacional. Pero vayamos más lejos con nuestras inquietudes. ¿Si no le fuera tan sencillo a la Argentina substituir en el exterior sus fuentes de capital, y menos aun sus mercados tradicionales porque las nuevas potencias económicas que van creciendo no son ya unilateralmente industriales—es decir, necesitadas de alimentos y materias primas—ni es fácil que lo sean nunca, dadas sus condiciones naturales y demográficas y las lecciones que están aprendiendo con la crisis de Europa? En ese caso, señores, que no es nada inverosímil, la Argentina tendría que fomentar en lo futuro, con recursos propios, una parte siempre creciente de su progreso, y tendría que crearse una mayor población industrial que intensificara el consumo interior de productos agrícolas.

Esos horizontes que el porvenir descubre, ¿no os parece que invitan a la más seria y reconcentrada meditación? La Argentina no puede mirar el futuro con temor, afortunadamente. Es un país de enormes riquezas por desarrollar, de considerable riqueza ya formada, y con la organización cultural necesaria para buscar y seguir los derroteros espléndidos que merece. Mas, por lo mismo que tiene grandes y justificadas aspiraciones y elementos para realizarlas, acaso le convenga meditar mucho sus orientaciones. ¿Y no creéis que esa sea misión específica de la Universidad? La Universidad, como antes decía, no se halla obligada a resolver los problemas; para eso están los políticos y los hombres de negocios. Pero sí se halla obligada a meditarlos, y a suministrar orientación y asesoramientos imparciales y solventes a los hombres prácticos. ¿Queréis que nos vayamos preparando científicamente para meditarlos con objetividad, estudiantes argentinos? Pues aquí tenéis un compañero más que desea ayudaros. Ya sé que contáis con maestros dignísimos que os habrán instruido inmejorablemente en este y en todos los órdenes del conocimiento. No obstante, el que ahora va a colaborar en vuestros estudios es un forastero; no es un forastero de corazón, ni de raza, ni de idioma, ni tal vez de psicología, pero sí de pensamiento. Es un viajero que viene de otras latitudes desde donde las cosas se ven, quizá, de otro modo. Y ese es su mérito. ¿Queréis, pues, que estudiemos? Una clase universitaria no es un monólogo, sino un diálogo de pensamientos, sereno, cordial y noble, entre un profesor y unos alumnos. Comenzaremos, por tanto, el diálogo.

LUIS OLARIAGA.

Catedrático de la Universidad
Central de Madrid.